

## LA FUNCION SOCIAL DE LA UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA

por el prof. LAUCHLIN CURRIE

No hay duda alguna acerca de que en un país subdesarrollado, las universidades deben interesarse activamente por los problemas sociales. La sola conservación de las estructuras existentes depende allí, en efecto, del avance de las ideas sociales, ya que estos países no disponen ni siquiera de otras instituciones suficientemente desinteresadas que tengan un nivel científico bastante elevado y un personal competente para cumplir una misión tal. En otros términos, si las universidades no estudian estos problemas, no se encontrará ninguna otra institución que lo haga, excepto ciertas misiones extranjeras esporádicas o personas aisladas.

Creo que en un país relativamente subdesarrollado, la actividad de las universidades debe estar centrada en una proporción menor que en otras partes en la contribución a la ciencia, y en una proporción superior en objetivos más pragmáticos, tales como la formación profesional y la búsqueda de soluciones para los problemas presentes del país. Se me podría acusar de sugerir una especie de repartición internacional del trabajo entre las universidades. Sin ir tan lejos, pienso que a medida que subamos en la escala económica, podremos consagrar más la atención a la formación de nuestros propios sabios y hombres de letras, y, eventualmente, a la organización de la investigación pura. Antes de dar una respuesta definitiva a la pregunta de saber si la universidad perteneciente a un país subdesarrollado debe consagrar una gran parte de su atención a los problemas sociales, demos una rápida ojeada a los problemas mismos.

Los más importantes y más graves, conciernen a la pobreza, las enfermedades, la ignorancia, las violencias, la moralidad y la apreciación de los valores humanos. A primera vista, se podría pensar que se trata de problemas esencialmente económicos, y que son, pues, de la competencia de los economistas. Sin embargo, esto no es completamente cierto. Nos preocupamos nosotros aquí, en efecto, de la noción de bienestar en su sentido más amplio, y no entendemos que haya que limitarse a consideraciones puramente económicas.

El bienestar, en este sentido, es también asunto del filósofo, del teólogo, del siquiatra y aun de los representantes de otras disciplinas. Uno de los hombres que más ha contribuido al mejoramiento de las masas sociales de su tiempo, fue el novelista Charles Dickens. La búsqueda de las fuentes de la delincuencia juvenil, aun en países ricos, no es ciertamente una tarea reservada a los economistas. El esfuerzo para entregarse a los ocios creadores, o al menos agradables, es tanto o más

importante que la producción de un gran número de mercaderías. La solución de los problemas resultantes de la vida urbana, requiere la utilización de toda una gama de disciplinas. Mejorar las condiciones de trabajo puede ser más importante que aumentar la productividad del trabajo.

Ni siquiera es necesario multiplicar estos ejemplos para demostrar que la solución de nuestros problemas sociales actuales demanda la contribución de numerosas disciplinas. Por otra parte, y es este un punto importante, esta solución demanda una cierta actitud, un conjunto de juicios de valor de parte del economista o del sociólogo. Temo que muchos economistas, por ejemplo, no se interesen más que por el lado puramente técnico de los problemas y que separen el del bienestar de los individuos. Poca gente se pregunta si nuestra sociedad entrega a sus miembros el necesario sentimiento de jugar un papel útil en ella; bien pocos de nosotros nos planteamos la pregunta ¿qué hace esta gente durante sus ocios? Se considera poco la necesidad de desarrollar en cada uno el sentimiento de que su trabajo es importante y que él debe contribuir en alguna manera a la solución de nuestros problemas.

Este bosquejo de la naturaleza de los problemas afrontados por un país subdesarrollado, de esta especie de actitud requerida para su solución, se ha hecho en un doble designio: primero, para hacer resaltar la dificultad, la urgencia y los aspectos múltiples del problema social, y la necesidad de confiar su estudio a las universidades; en seguida, para demostrar la necesidad de una organización apropiada para proseguir este estudio. Este segundo punto llama, por su misma novedad, a un desarrollo más detallado.

Creo que en el momento actual el estudio de los problemas sociales en las universidades de los países subdesarrollados, reviste en general un carácter esporádico e individual. Las cualidades solicitadas a un maestro de ciencias sociales son muy variadas. Sin embargo, los maestros sólo son muy raras veces escogidos en razón del interés que ellos posean en la solución de los problemas sociales de su país. Por otra parte, se despliegan muy pocos esfuerzos en las universidades de América Latina con vistas a organizar el trabajo de manera que las diversas disciplinas puedan colaborar a la solución de los problemas comunes, como es el caso, en el presente, de ciertas grandes universidades de los Estados Unidos. Continuamos alentando la especialización y el trabajo individual, lo cual es excelente para la formación de especialistas, pero ineficaz para la formación del tipo de profesores de ciencias sociales de los cuales los países

subdesarrollados de nuestro tiempo tienen una necesidad tan urgente.

Las ciencias sociales, a diferencia de las ciencias naturales, se interesan por una materia íntimamente ligada a los intereses y las emociones de los hombres. Por muy buena fe que el especialista tenga, es llevado, cuando trata temas controversiales, a dejarse influir por los puntos de vista de las clases dirigentes, más bien interesadas en dejar subsistir ciertos problemas cuya solución él tiene que buscar. Se comprenderá, pues, que el sociólogo tiene particularmente necesidad de protección y de seguridad en su posta. No las alcanzará más que cuando llegue a un rango de profesor titular, y, en ese momento, tan inconformista como él ha sido en su juventud, se resignará a pasar al otro lado. Como el profesor Zeuthen lo escribió antes de su muerte: "Es una tentación para los economistas y otros expertos la de limitarse a las cuestiones que no ponen en juego intereses vitales algunos ni arriesgan suscitar controversias, y la de evitar la exposición de cuestiones desagradables para los grupos ligados al poder, en circunstancias que deberíamos manifestar más coraje para tratar estos problemas vitales". Se podría agregar que el premio al coraje puede ser extremadamente alto.

Estamos desde entonces colocados frente a un dilema: tan pronto como se haga un esfuerzo consciente para reclutar profesores de ciencias sociales que tengan interés activo en la solución de los problemas sociales, se pondrán, ciertamente, en movimiento fuerzas opuestas, trátese de universidades privadas o públicas, para que este cuerpo de profesores sea transformado en un conjunto de miembros más dóciles y menos llevados a tratar estos problemas. De golpe, su contribución a los temas que se prestan para provocar controversias, será disminuido.

Este problema no ha cesado de hacerse presente desde que se ha afirmado la importancia de las ciencias sociales, y en particular de las ciencias económicas. No creo que exista una solución enteramente satisfactoria. De un modo general, las universidades privadas ofrecen, desde este punto de vista, condiciones mejores que las del Estado, aun cuando podría citarse, en los Estados Unidos, numerosos casos de presión poderosa ejercida en las universidades privadas. Desde las grandes luchas sociales de los años 1930 al 1940, fue suministrada bien poca contribución en estos dominios, en los Estados Unidos, por los profesores de la generación antigua, demasiado ligados a la seguridad de su situación, y muchos jóvenes especialistas han pagado su audacia con la pérdida de sus empleos.

Se ve, pues, que se tropieza con una limitación importante para la eficacia de la universidad en su contribución a la solución de nuestros problemas más discutidos. Quizá deberíamos limitarnos a dar la mayor publicidad

posible a estos asuntos y a demostrar la importancia de la independencia del cuerpo de enseñanza.

La aparición de grandes fundaciones privadas que favorezcan estos estudios e investigaciones constituye un destello de esperanza. Ellas son por lo general tan conservadoras como las universidades; recuerdo una tal fundación establecida alrededor del año 1930 para "la propagación de las verdades económicas aceptadas", y que si no me equivoco, está consagrada a la definición de las verdades que "han hecho la grandeza de los Estados Unidos en el pasado". Sin embargo, ciertas fundaciones semejantes han patrocinado recientemente investigaciones muy valiosas sobre los problemas sociales. Quizá sea exagerado esperar que su ejemplo sea seguido en América Latina donde las necesidades son mucho más aplastantes.

Hasta hace muy poco tiempo, ha sido costumbre en los medios acomodados latinoamericanos legar sumas de dinero a las instituciones de caridad. Estoy lejos de negar la urgencia y la importancia de una caridad bien dirigida; sin embargo, lo que es aún más importante, es la adopción de políticas y de programas que vuelvan inútiles muchas formas de caridad. El estudio y la elaboración de tales programas, frutos de una colaboración estrecha entre las fundaciones y las universidades, podrían constituir una contribución eficaz para el bienestar de nuestros conciudadanos.

Existen numerosos problemas particularmente urgentes en esta materia, y que un estudio inmediato, por una u otra razón, ni el gobierno ni las universidades se apresurarían en abordar, y por los cuales ninguna fundación se interesa.

Una ayuda preciosa a este respecto, podría ser aportada por los mecenas latinoamericanos, dispuestos a patrocinar el estudio, descuidado en el presente, de los problemas sociales y económicos de la nación<sup>1</sup>, o por funcionarios de América del Norte, quienes para este fin destinarían los recursos de los cuales pueden disponer. Tales iniciativas contribuirían no solamente a la solución de los problemas, sino que proveerían al mismo tiempo de los medios necesarios para consolidar los grupos de profesores de ciencias sociales de las universidades, tanto en lo que concierne a sus posibilidades de trabajo como a la seguridad de su situación.

En resumen, soy de la opinión que, en un país subdesarrollado, las universidades deben contribuir tanto como sea posible a la solución de los problemas sociales, sin disimular las numerosas dificultades que deben salvarse para que su contribución sea provechosa.

<sup>1</sup>Es obvio que a pesar de la claridad conceptual con que expone el articulista el problema aquí tratado, no conoce la situación ni la relación social de los grandes capitalistas latinoamericanos. Con alguna excepción en el Brasil, tales mecenas latinoamericanos jamás han existido, por la baja tasa de impuesto a las grandes fortunas (N. de la R.).